

de la série de anacronismos que le objeta el Sr. Mayans. Bien conoció este erudito escritor la fuerza de este argumento, segun se explica en el número 127; y aun le debemos agradecer que no se dejase antes persuadir de estas razones, pues con eso, entre las pruebas de los anacronismos de CERVANTES, nos dejó muchas noticias concernientes á nuestra historia literaria, dando una muestra de su vasta erudicion y singular conocimiento de los autores españoles.

Tambien censura á CERVANTES el escritor de su *Vida* de no haber guardado la verosimilitud en la aventura del vizcaino; porque teniendo este, como era regular, las riendas en la mano izquierda, no parece posible que Don Quijote, que arremetió á él con ánimo de matarle, le diese tiempo para soltar la rienda, sacar la espada y asir la almohada, en que naturalmente vendria sentado alguno de los que ocupaban el coche. Á este reparo creo que habia satisfecho ya el mismo CERVANTES refiriendo la batalla. Dice que el vizcaino, oyendo que le negaban su hidalguía, desafió á Don Quijote, diciéndole: *Si lanza arrojas y espada sacas, el agua cuán presto verás que al gato llevas*. Es muy natural que, cuando provocaba á Don Quijote á que sacase su espada, echase él tambien mano á la suya, con lo cual despues la sacaria muy pronto. Dice tambien CERVANTES, *que le avino bien (al vizcaino) que se halló junto al coche, de donde pudo tomar una almohada*; de lo cual infiero que no fué uno de los almohadones que sirven para sentarse, sino una de aquellas almohadas pequeñas que por mayor comodidad se suelen llevar sueltas en los viajes. Á mas de que tambien Don Quijote tuvo que arrojar su lanza, embrazar su escudo y desnudar la espada, y así estaban los dos tantas á tantas en las acciones.

En el gobierno de Sancho encuentra otro reparo Don Gregorio Mayans, porque le parece inverosímil que en un lugar de mil vecinos pudiesen sufrir ocho ó diez días un gobernador de burlas. Pero, consideradas las circunstancias, desaparece esta inverosimilitud, respecto de que aquellos vasallos sabian muy bien que era una burla inocente del duque, el cual era un gran señor á quien no se atreverian á disgustar por tan pequeña causa. Fuera de que, estando siempre alrededor de Sancho los criados del duque, no podian los vecinos tener rezelo de que resultase en daño del pueblo la incapacidad del gobernador; y aun para esto es claro que habria tomado ya el duque las medidas convenientes, como que no esperaba se portase Sancho con la discrecion y buen tino que mostró despues la experiencia.

Este tino y esta discrecion es mirada por algunos como impropia del carácter que dió á Sancho el autor de la fábula: y con efecto, á primera vista parecen demasiado discretas las providencias y ordenanzas que hizo en su gobierno. Pero, con todo, no le parecerán inverosímiles á quien considere que de ordinario supone CERVANTES que Sancho se acordaba de alguna cosa que habia oido ó visto conexas con el asunto de que se trataba, y que le daba luz para resolver; que el carácter de Sancho es de un hombre sencillo, pero no tonto; y finalmente, que el fin de CERVANTES es hacer conocer, que mas aciertan en el gobierno los hombres de

mediano talento y de recta intencion, que los muy ingeniosos si están dominados de sus pasiones, como lo habia indicado ya en boca del canónigo de Toledo.

Otra inverosimilitud halla el Sr. Mayans en la caida de Sancho en la sima, donde habia una caverna de media legua de largo; y la razon en que se funda es que no hay (segun dice) tal caverna en Aragon, y así mal pudo Sancho caer ni andar por ella. Si todos los sucesos de una fábula debieran ser verdaderos, esta objecion haria mucha fuerza; pero los autores de semejantes composiciones como la de CERVANTES tienen licencia de fingir con verosimilitud, y de crear é inventar cosas que ni existen ni han existido, ni es creible que existirán en adelante: tal es la isla de Calipso, y otras muchas imaginaciones de Homero y de Virgilio. Que CERVANTES fingiese con destreza y propiedad, no admite duda, pues supone que la caverna iba desde unos edificios muy antiguos hasta la inmediacion de la quinta de los duques, los cuales sabian muy bien que habia aquella correspondencia de tiempo inmemorial, siendo cierto que los poderosos, cuando edificaban castillos en los tiempos remotos, solian hacer estos ocultos caminos subterráneos, para evadirse en caso de necesidad. Para apología de esta ficcion de CERVANTES basta acordarse de las correspondencias subterráneas fingidas por el discreto Barclayo en su *Argenis*, con el fin de que Timóclea pudiese ocultar á Poliarco de la proscripcion que le amenazaba.

En la novela del *Curioso Impertinente* (que, como diremos adelante, es buena, pero intempestiva en el Quijote), nota de inverosímil Don Gregorio Mayans el soliloquio de Camila cuando espera á Lotario y está escondido Anselmo. Á la verdad, los soliloquios no son muy verosímiles, pues vemos pocos ejemplares de ellos en la vida humana; pero si algunos, aunque cortos, se le pueden permitir á un poeta cómico, como el mismo Sr. Mayans confiesa, con mas justa razon se le debe permitir este, aunque algo mas largo, al escritor de la novela. Lo primero, porque la verosimilitud cómica no permite tantos ensanches como la de una novela; pues como esta se lee, pero no se representa, no ofende, como la comedia, con los hechos poco comunes, segun aquel precepto de Horacio en su *Poética*:

Segniüs irritant animos demissa per aures,
Quàm quæ sunt oculis subjecta fidelibus.....

y lo segundo, porque el autor previene este soliloquio con una situacion que le hace verosímil.

Estaba escondido Anselmo; lo sabia Camila, y queria engañarle haciéndole creer que estaba irritada contra Lotario. Á este fin supo fingir una agitacion interior tan fuerte, que la sacaba fuera de sí. Esta situacion pinta CERVANTES con estas vivas y elegantes expresiones: *Diciendo esto se paseaba (Camila) por la sala, con la daga desenvainada, dando tan desconcertados y desafortados pasos, y haciendo*

tales ademanes, que no parecía sino que le faltaba el juicio, y que no era mujer delicada, sino un rufán desesperado.

Quien haya procurado conocer el corazón humano, y la violencia con que le agitan las pasiones cuando se abandona á ellas, sabrá cuán comun es en estos frenesíes proferir la lengua lo que discurre el entendimiento, ó, por mejor decir, lo que siente el corazón.

Por eso, nada tiene de inverosímil que una mujer, que prorumpie en furiosos ademanes y desconcertados pasos, se explique también con expresiones de venganza todo el tiempo que precede al lance crítico en que ha resuelto ejecutarla. Y si esto es natural en sí mismo, mucho más lo será cuando se mira como escena estudiada y representada con reflexión por una mujer ingeniosa que pretende deslumbrar á su esposo.

Estas objeciones hace á CERVANTES su historiador Don Gregorio Mayans, mirando los descuidos que le atribuye como unas inadvertencias de que no se libró ni el mismo Homero. Quien haya leído el QUIJOTE imparcialmente, como este erudito valenciano, solo de este modo puede hablar de los defectos de CERVANTES.

No todos le han censurado con tanta moderación y respeto. Don Isidro Perales dice, en su prólogo al *Quijote* de Avellaneda, que, según CERVANTES, se podían enmendar todos los libros de caballerías. Si hubiera leído con cuidado el gracioso escrutinio que hicieron el cura y el barbero de la librería de Don Quijote, no se hubiera atrevido á decir una falsedad tan manifiesta. Él sin duda se fundó en el plan que hizo el canónigo de Toledo de un libro de caballería bueno, y sin los defectos ordinarios. Pero hay mucha diferencia de decir que se puede escribir un libro de caballerías sin defectos, á sentar que se pueden corregir todos los libros de caballerías escritos.

Al ver que un español no entendió á CERVANTES, no hay que admirarse de que no le entendiese el marqués d'Argens, que, fundado en un pasaje de este escritor, asegura que los *Libros de las Fortunas de Amor*, de Antonio Lofraso, son de los mejores que hay en España, siendo así que, si los perdonó el cura en su escrutinio, fué diciendo *que, desde que Apolo fué Apolo, y las musas musas, y los poetas poetas, tan gracioso ni tan disparatado libro como ese no se había compuesto*. No es mucho que un extranjero no entendiese que en castellano se llama *gracioso* todo lo que hace reír: lo digno de extrañar es, que hable con tanto magisterio de lo que no entiende.

ARTÍCULO IX.

Descuidos que tuvo Cervantes en esta fábula.

PERO, aunque estos cargos no sean verdaderos, no por eso nos atreveremos á decir que carece de defectos el QUIJOTE. Algunos hemos encontrado en él, que, ó lo son verdaderamente, ó, á lo menos, no hemos podido alcanzar su solución; y entre ellos algunos, que el mismo CERVANTES reconoció por tales.

El defecto más notable que se encuentra en esta fábula es el haber insertado en ella algunos episodios importunos y ajenos de la acción principal. Tal es la novela del *Curioso Impertinente*, que introdujo el autor sin otro motivo que haberla encontrado el cura en una maleta que se había dejado casualmente en la venta un pasajero. De suerte que, como confiesa el mismo CERVANTES en boca del bachiller Sanson Carrasco, el defecto de esta novela no es ser mala ó mal razonada, sino ser ajena de aquel lugar, y no tener qué ver con la historia de Don Quijote.

La novela del *Cautivo* no es tan importuna como la del *Curioso Impertinente*, porque estaba él allí efectivamente, y así es uno de los interlocutores de la fábula, lo cual no sucede á los personajes de la otra. Pero tiene el defecto de ser demasiado larga; pues, como ni antes ni después entra el cautivo en la acción del QUIJOTE, ni su relación tiene enlace con los hechos de este, es claro que solo debía representarse en el cuadro de la fábula como figura de cuarto ó quinto término, y su historia, por consiguiente, debía ser muy sucinta y de pocas líneas. No sucede esto á Cardenio y Dorotea; porque, la gran parte que tuvieron en la aventura del reino de Micomicon,